

EDUCACIÓN ARTÍSTICA Y CULTURA SENSIBLE

Mary Mabel Pellizzer

Universidad Nacional de Misiones – Facultad de Arte y Diseño

Resumen

En los últimos años el estudio de la cultura visual ha protagonizado un espacio de investigación importante en el campo de la Educación Artística que ha centrado el interés por abordar una línea de pensamiento en el marco de un paradigma que entiende el arte como un hecho cultural. Esta perspectiva sitúa las claves para comprender el hecho artístico en el proceso mismo de la experiencia humana con relación a su entorno.

Si entendemos que la cultura es un complejo sistema en permanente evolución por el efecto de las interacciones de diferente orden que impactan en nuestras concepciones acerca del mundo en general y del arte en particular, podemos inferir que sus efectos relativizan los significados del arte de acuerdo a los contextos en que se producen y se observan.

Si bien se han desarrollado hasta el momento importantes estudios sobre la cultura visual de cara a la construcción de formas visuales creativas y expresivas, con una notable profundidad, cierto es que debemos plantearnos el abordaje de un campo más amplio que involucre otros sentidos además del visual, ya también forman parte de los rasgos identitarios del entorno y su registro y aprehensión forma parte de nuestra cultura sensible que alienta otras perspectivas para la educación artística.

El abordaje de la cultura sensible en los procesos de enseñanza y aprendizaje artísticos nos exige transversalizar lo visual con los demás sentidos, articulando la impresión de los diferentes tipos de estímulos, de información y modos de registro, aportando otras cualidades identitarias propios de los diferentes medios en los cuales desarrollamos nuestra experiencia humana, dinamizando los procesos de creación y de interpretación del arte en los diferentes contextos.

Introducción

La realidad del mundo que se nos presenta hoy es un mundo en imágenes; estamos expuestos cotidianamente a enfrentarnos con distintos panoramas visuales que nos informan, nos inquietan, nos inspiran, nos sorprenden. Esta permanente confrontación visual nos exige abordar el fenómeno como un tipo especial de conocimiento, con una lógica diferente a los modos verbales que prevalecieron en otras épocas.

Así las imágenes se imponen como un modo de registro preponderante y un modo de constatación casi excluyente con relación a otros modos de comprender el entorno, ya que permanentemente somos interpelados para descifrarlas en términos visuales y cognitivos, para el enriquecimiento de nuestra experiencia humana en el mundo.

Pero el cultivo de la experiencia apela a otros sentidos a través de los estímulos sensoriales que nos inspiran a interpretarlas.

A lo largo de la historia de la Educación Artística se ha puesto el acento en diferentes aspectos que el arte debía propiciar, conformando al día de hoy una compleja trama,

atendiendo a los distintos movimientos que alentaron diferentes condiciones, objetivos y aportes.

Hoy quizás debemos planteamos el desafío de abordar el estudio de los modos en que construimos nuestra cultura sensible, para comprender las múltiples interacciones que se producen en la dinámica perceptiva y de confrontación constante con nuestro entorno, para capitalizar sus componentes como contenido de la educación artística.

El arte y el contexto

El hecho de vivir en una sociedad y en una época dominada por el signo icónico provoca interrogantes respecto de la eficacia de la imagen junto a la palabra pero es evidente que la palabra no es el único mensaje. Sentimos el poder sugestivo de las luces y los colores y asociamos naturalmente la visión de un hecho con su existencia, identificando la imagen con la realidad.

La perspectiva del arte como producción cultural, nos abre un camino sinérgico y relativizado en cuanto a las significaciones y a las múltiples interpretaciones que se pueden construir en función de la cultura en la que se inscribe una obra como también de aquella que la interpreta.

La cultura es entendida a través de símbolos que transportan sentidos atribuidos a las cosas y dan cuenta de la manera en que se concibe la vida, pero el término es complejo de definir ya que se utiliza para designar una gran variedad de cosas. Por ejemplo una cruz, una bandera blanca, un número, etc., son formas simbólicas configuradas con el propósito de hacer tangible una idea, una actitud, o una creencia (Geertz, 1988: 90).

En el mismo sentido existe una relación entre el mundo simbólico y la manifestación artística que da sustento y sentido a una obra. Ese sentido está conectado con las significaciones que cada uno de nosotros adjudica a las cosas, sean físicas o no y que se encuentran tanto en el lenguaje verbal como en los distintos códigos o elementos plásticos que utilizamos en el terreno del arte.

Entre los símbolos con los que convivimos, se encuentran aquellos que tienen una significación casi universalmente compartida y otros que requieren de una aproximación comprensiva del contexto que los ha creado, es decir que son portadores de significaciones construidas por los miembros de una cultura en particular.

Pero si nos enfrenamos a la necesidad de comprender el mundo visual al que nos enfrentamos sin una mediación simbólica establecida, encontraremos un espacio reservado para la construcción, la elaboración y la interpretación personal, que da lugar a aquello que comúnmente denominamos ideas, pensamientos, creatividad, conocimientos, que derivan de una especie de diálogo positivo entre cada individuo y su entorno.

Si llevamos esta idea al campo del arte específicamente, debemos considerar que el proceso constructivo de significados es crucial para el desarrollo del pensamiento simbólico a través del cual la representación se constituye en un estado entre el objeto y quien lo percibe.

Este rasgo es el que interesa explorar en nuestras confrontaciones diarias con la realidad, para extrapolarlo al terreno de la educación artística porque implica la posibilidad de articular lo individual con lo colectivo para dinamizar el marco de contenidos del arte inscripto en el marco referencial en el que el hecho artístico tiene lugar.

Al abordar la imagen como contenido cultural, se nos presenta una dimensión más enriquecedora y dinámica, en tanto espacio que construye modos de comprender, de resignificar y de recrear el mundo visual, ya que el sentido que adjudica el sujeto estará dotado de los elementos de su contexto, en un diálogo interactivo que pone en juego las informaciones del lector, sus conocimientos, su imaginación, sus emociones, y los saberes cultivados por la experiencia (Dewey, 2008: 3-4).

La función del arte ha sido a través de los tiempos la construcción de la realidad. Los artistas construyen sus representaciones acerca del mundo y a su vez incitan a otros a crear otra realidad distinta para sí mismos (Efland, Freedman y Stuhr, 2003: 124). Cabe considerar además que el arte no es independiente de su ubicación en el tiempo y en el espacio, sino que justamente esas variables constituyen las coordenadas sobre las que reposan las claves para su interpretación.

Esta noción se relaciona además con la perspectiva narrativa dado el papel de la configuración en la construcción de significados, en relación a las circunstancias culturales de sus productores-creadores y usuarios, con lo cual la producción de un objeto en determinadas circunstancias conlleva también alguna forma de narración (White, 1992).

La perspectiva de la educación artística como parte de la trama cultural nos plantea la necesidad de abordar las relaciones y los vínculos que naturalmente existen entre los individuos y su contexto de pertenencia, con lo cual nos encontramos frente a un panorama complejo, pero desafiante que nos permite vincular la educación artística como una producción humana más, en el marco de nuestra experiencia vital.

La Cultura visual

Los términos “cultura visual” conjugan características propias de la era posmoderna, implican cuestiones que aluden al bagaje de imágenes que son acuñadas por nuestra experiencia visual, y por las simbologías o significaciones que denotan de acuerdo a los diferentes tipos y al ámbito o contexto en el que se originan.

Actualmente, la vida se desarrolla en gran parte en función de lo visual, aspecto que se ha vuelto preponderante con el desarrollo de las tecnologías de la comunicación (Mirzoeff, 2003:17-19). En ese marco, la sociedad actual vive bajo una especie de vigilancia visual, a través de cámaras que controlan distintos tipos de servicios y usuarios, como por ejemplo cajeros automáticos, autopistas, centros comerciales, etc., por lo cual ‘ver’ se ha constituido en un modo de constatación casi excluyente.

Bajo estas caracterizaciones, para el autor la cultura visual merece ser comprendida como parte de la cultura más amplia a la que pertenece, ya que en cada contexto lo visual se constituye en un componente muy importante de interacción social, lo que lo lleva a reflexionar que la cultura visual es una disciplina táctica y no académica, de interacción

centrada en la comprensión y la elaboración de respuestas por parte de los individuos o grupos sociales a los medios visuales de comunicación.

Una de las cuestiones que convierte a la cultura visual en campo de estudio es su complejidad comprendida en el sentido de la diversidad y a la capacidad para analizarla. Si bien esta perspectiva ha sido estudiada en diferentes campos por separado, como la sociología, historia del arte, la cinematografía, la semiótica, etc., lo cierto es que el fenómeno demanda un abordaje interdisciplinario, ya que el espectro de imágenes que forman parte de nuestra cultura visual es muy diverso.

La cultura visual adquiere un singular rango de novedad y actualidad, justamente porque centra la atención en lo visual como el espacio o lugar donde se crean y se discuten los significados.

Experimentamos de manera permanente con modos estructurados de convivencia con la imagen, como por ejemplo el cine y los museos, pero también con modos desestructurados que ocurren en la vida cotidiana. Los modos desestructurados ocupan la mayor parte de nuestro tiempo y es allí donde la cultura visual centra su atención. En ambos casos la cuestión de la interpretación resulta crucial, como también la condición del espectador, ya que en ese punto podemos buscar las claves que dan sentido a la experiencia visual cotidiana.

Una de las cuestiones a tener en cuenta es que la imagen no es estable, sino que cambia de acuerdo al contexto o la realidad externa a ella, y a la experiencia del espectador.

La realidad actual nos enfrenta diariamente con imágenes de distinto tipo, procedencia y finalidad. Esto nos coloca en situación para establecer criterios de valoración y/o significación. En el campo del arte las imágenes hoy se presentan también con realidades cambiantes que acoplan diferentes significaciones de acuerdo al ojo de la cultura que las observa.

Construcción sensible y cognición

Una cuestión que deberíamos analizar es la interacción de los demás sentidos en ese proceso de interpretación y recreación de la realidad ya que el contacto con el mundo se da a través de distintos modos de registro. No solamente podemos percibir y describir la impresión que tenemos de una determinada realidad a través de la vista, sino que cada contexto está conformado por determinados sonidos, sabores, aromas que forman parte de la cultura y que complementan los atributos que podemos descifrar o interpretar sobre las cosas.

Así la interacción sensible con el medio que nos rodea se nutre de las múltiples cualidades que forman parte de las características identitarias de cada cultura y que se constituyen en una forma de conocimiento que procesa permanentemente nuestra mente.

Gran parte de nuestros conocimientos provienen de fuentes simbólicas por oposición a formas directas de percibir objetos y sucesos, (Wilson y Hurwitz, 2004: 20). Los sonidos, gestos y configuraciones nos permiten articular las ideas sobre el mundo, las que toman la forma de números, planos, diagramas gestos o imágenes de cualquier tipo. A través de

estas formas construimos nuestro conocimiento sobre el pasado y sobre otros pueblos lugares y sobre todo sobre las diferentes formas de vida existentes.

El arte como modo cognitivo, sensible y expresivo se establece como mediador entre la idea y la materialidad, bajo los estímulos que surgen de nuestra relación con el medio y con las cosas a partir de nuevas situaciones y relaciones que se despliegan permanentemente, dinamizando nuestros procesos reflexivos.

Educación artística y cultura sensible

El aspecto cultural fue uno de los elementos que comenzó a analizarse y a instrumentarse formalmente como contenido de la educación artística a mediados del siglo XX. Uno de sus principales exponentes planteaba entonces que *“No existe ninguna forma visual que no pueda relacionarse con la tecnología y los valores de una cultura”*, (Eisner, 1995:167). Si bien se reconocen las dificultades para ofrecer un modelo educativo que permita hacer operativa la enseñanza del arte desde esta perspectiva, se debe asumir su importancia como componente fundamental, ya que el ‘cultivo’ de la experiencia que realizamos durante nuestra vida, influye notablemente en los procesos y los resultados que se llevan a cabo en la enseñanza. Quizás por pertenecer al campo más específico de la antropología, para la cual la cultura es una palabra mágica que anima múltiples definiciones y aspectos, el campo del arte se encuentra en camino por reconocer y explicitar algunos componentes que son claves para sus prácticas.

Uno de los cambios fundamentales que presenta el arte contemporáneo es la puesta en valor del proceso antes que privilegiar el resultado o el producto. De ese proceso interesan las asociaciones, comparaciones, reflexiones, conexiones, en una especie de puesta en escena que a su vez luego, interpela, en cierto punto al espectador, a través de esas mismas operaciones.

Tanto para las imágenes que tienen un propósito artístico como para aquellas que no lo tienen, la educación artística debe disponer de estrategias para descifrar y comprender los significados con el propósito de enseñar a pensar y a reflexionar a partir de las mismas, de esta manera probablemente podamos aproximar más el arte a todas las personas.

En esa dirección la educación artística debe generar mecanismos de aproximación e interpretación a los componentes que encierran las obras y de los entornos en los que surge. Esta visión contemporánea se contrapone a la visión moderna de los valores absolutos de la obra, y se detiene a observar y a reflexionar sobre el contexto y la experiencia humana que constituye su origen, así como también desde el punto de vista del observador, la experiencia que surge de la confrontación con la obra, dispara otro panorama de visiones y reflexiones a partir de los parámetros que utiliza para descifrar significados.

En tal sentido la educación artística debe ampliar su abordaje para establecer la comprensión acerca de los procesos y significados de las imágenes partiendo de los componentes culturales, históricos, filosóficos, sociales, etc., que constituyen los rasgos

identitarios de una cultura, aportando las singularidades le son propias y que distinguen de las demás y generan por lo tanto mundos visuales diferentes que trascienden al campo del arte y que le otorga identidad a las obras de acuerdo a sus contextos de origen.

Esa comprensión resulta necesaria además, dada la intensidad de la actividad cognitiva y sensorial a la que estamos expuestos cotidianamente y que a su vez constituye un rico soporte y disparador del que la educación artística puede nutrirse para ampliar su espectro operacional con relación a la cultura en la que se encuentra.

Podríamos referirnos entonces a una morfología cultural y de una morfología visual, porque ambos aspectos marcan los rasgos que personalizan formas de ver, interpretar y comprender, como así también distinguen los procesos individuales de creación que dan lugar a las particulares formas visuales que cada uno elabora en cada encuentro las imágenes, sea cual fuere su carácter.

Bibliografía

DEWEY, J. (2008): *El arte como Experiencia*, Barcelona: Editorial Paidós Ibérica S. A.

EFLAND, A. / FREEDMAN, K. / STUHR, P. (2003): *La Educación en el Arte Posmoderno*, Barcelona: Paidós.

EISNER, E. (1995): *Educación la Visión Artística*. Barcelona: Paidós.

HERNANDEZ, F. (2000): *Educación y cultura visual*, Barcelona: Octaedro.

MIRZOEFF, N. (2003): *Una Introducción a la cultura visual*. Paidós. Buenos Aires.

WILSON, B., HURWITZ, M. y WILSON, M. (2004): *La enseñanza del dibujo a partir del arte*. Barcelona: Paidós.